

bassier; no os pido más que el tiempo necesario para ponerme un guante.

Salvador desmontó su pistola, la guardó en el bolsillo, cubrió la mano derecha con un guante oscuro como los que suelen calzarse por la mañana los elegantes, y tendió á Gibassier una mano cuya delicadeza nada podía envidiar á una mano femenina.

Gibassier, muy confiado, dejó caer su pesada mano en la que le tendían y trató de encajonarla entre sus garrosos dedos.

Pero apenas se hubieron tocado las dos manos, cuando la cara de Gibassier comenzó por expresar la sorpresa, y pasando poco á poco por todas las tintas de un dolor creciente, acabó por retratar la angustia más desesperada.

— ¡ Oh... por vida de... treinta mil truenos! que me rompéis la mano, exclamó. Basta, basta por piedad.

Y cayó de rodillas ante Salvador, cuyo guante había estallado con el esfuerzo que había hecho, pero cuyo semblante conservaba su risueña expresión.

Salvador soltó la mano que estaba mutilando con la suya en el momento en que la sangre de Gibassier comenzaba á salir por debajo de las uñas.

— Vaya esto, dijo el mandadero para vuestro gobierno, Mr. Gibassier, y para preveniros contra los peligros á que podría exponeros vuestra ignorancia; importábame probaros que si me he servido contra vos de alguna arma, sólo ha sido por no tocaros sino en último extremo; habéis deseado que os *dispensase el honor* de estrecharos la mano; procurad recordar mucho tiempo *la honra que os dispensé*.

— Voto á cribas que si me acordaré; os lo prometo, dijo el presidiario despegando con su mano izquierda los

dedos de su mano derecha incrustados unos en otros. Gracias por la lección, Sr. Salvador, me servirá y no tendréis que arrepentiros; un hombre tan bien avisado como yo lo estoy vale lo menos por dos.

— Abreviemos, dijo Salvador.

— ¿Vuestras últimas órdenes?

— Á las seis y media estaréis en casa de Mr. Gerard y no le soltaréis hasta las ocho. Mañana por la mañana vendréis á recoger los cinco mil francos que faltan á mi casa, calle Macón núm. 4, mediante lo cual, Mr. Petrus, vuestro pretendido ahijado quedará perfectamente libre del anticipo que le hicisteis.

— Basta.

— De aquí á entonces tened bien presente que á la primera mala posada que me juguéis sois hombre muerto, sea por obra mia, sea por obra de la justicia.

— Os prometo no pensar en otra cosa, respondió humildemente el presidiario inclinándose delante de Salvador, que bajó rápidamente la escalera y fué á reunirse con Juan Taureau, á quien había dejado en exploración sobre la explanada del Observatorio.

## CAPÍTULO X.

### LA COMIDA EN EL PRADO.

En el centro de un prado inmenso que parecía un tapiz extendido al pie de su quinta y al cual se bajaba por una ancha gradería de piedra, había hecho Mr. Gerard que colocasen una mesa á cuyo alrededor se hallaban once indi-

viduos invitados por el honrado castellano bajo pretexto de una comida, pero con el objeto real de hablar respecto á las próximas elecciones.

Mr. Gerard había tenido mucho cuidado de limitar á once el número de sus convidados para que con el jefe de la casa fueran doce, pues el buen alcalde habría muerto de miedo ó cuando menos hubiera comido muy mal, si en la mesa hubiesen sido trece. El honrado ciudadano era muy supersticioso.

Aquellos once convidados eran, por decirlo así, *los notables* de Vanves.

Habían aceptado muy solícitos el convite del señor del país, pues Mr. Gerard podía ser considerado como el señor de Vanves, porque profesaban á aquel hombre un piadoso respeto, y antes hubieran permitido que delante de ellos se negase la luz del sol á las doce del día que tolerar dudas sobre la sin igual virtud de su Job; envidiosos, egoístas y vanidosos como eran, parecían olvidar su envidia, su vanidad y su egoísmo ante la modestia, el desinterés y la abnegación de su incomparable ciudadano: efectivamente ninguno tenía que quejarse ni en Vanves, ni en sus cercanías de Mr. Gerard, y muchos al contrario tenían por qué alabarle. Él no debía nada á nadie y todos le debían algo á él. Uno dinero, otro la libertad, alguno hasta la vida.

La voz pública en Vanves y en las aldeas limitrofes le designaba hacía tiempo para ocupar un asiento en la cámara de los diputados; algunos ciudadanos más fanáticos que los demás habían llegado á murmurar el nombre de la cámara de los pares.

Pero se les había hecho notar que no se entra en la cámara de los pares como en la Academia ó en un molino

(era la época en que corría de boca en boca el dicho de Pablo Luis Courier); se les había manifestado que para entrar en la cámara de los pares era necesario pertenecer á ciertas categorías, y como la cámara de los diputados era uno de los medios de llegar á la de los pares, los fanáticos más fanáticos se habían agregado á aquellos de sus conciudadanos que se proponían escoger á Mr. Gerard para hacerle uno de los representantes del departamento del Sena.

Dos ó tres días antes *los notables* de la aldea habían venido á manifestar á Mr. Gerard las ardientes simpatías que le profesaba la población de Vanves.

Mr. Gerard había comenzado por rehusar modestamente, manifestando que se creía en conciencia indigno del cargo para que le designaban, lo cual podía muy bien ser verdad, añadiendo que no había hecho aún bastante por su patria y principalmente por la comarca de Vanves. Se acusó lealmente de ser mucho más pecador de lo que creían, se motejó de verdadero criminal, lo cual hizo reír á carcajadas á cierto agricultor que tenía imaginada una quinta-modelo, y que confiando en que Mr. Gerard le prestaría el dinero necesario para establecerla, era uno de sus propagandistas más acérrimos.

Insistieron, pues, y sin embargo de su negativa formal, en que el honrado Mr. Gerard había de tomar asiento en la asamblea; éste, después de haber dicho:

— Vosotros sois los que me obligáis á ello, señores, vosotros los que lo habéis querido.

Después de haber dicho todo eso y muchas otras cosas, Mr. Gerard había concluido por aceptar, autorizando á sus amigos para que presentaran su candidatura.

El agricultor, realista endemoniado, se encargó de anunciar aquella misma noche el gran suceso de la acep-

tación de Mr. Gerard á todas las aldeas inmediatas, así como de marchar en cuanto se lo permitieran sus abejas á todas las redacciones de París para mandar insertar los consabidos anuncios; pues debemos advertir que mientras llegaba la fundación de su quinta-modelo, el agricultor cultivaba en gran escala el comercio de miel.

Se comprende perfectamente que Mr. Gerard no dejaría marchar á la diputación sin ofrecerla antes refrescos de todo género, ni sin convidarla después á comer el jueves siguiente.

Y á consecuencia de aquel convite se hallaban los once convidados alrededor de la mesa de Mr. Gerard, pues como muy bien puede presumirse, ninguno había faltado á la invitación, y á juzgar por los rayos de alegría que brotaban de los ojos de los convidados en el momento en que comienza este capítulo, ninguno tampoco podía arrepentirse de haber llegado.

Hacia, en efecto, una tarde fresca y suave; los manjares eran á cual más sabrosos; los vinos á cual más exquisitos; serían las seis próximamente; la comida había principiado á las cinco, y ya cada cual quería utilizar la alegría de los vinos para convertir su silla en tribuna para hacer una arenga de su conversación, como si en lugar de estar en el final de una comida al aire libre se hubieran encontrado, al fin de una sesión borrascosa, en plena cámara.

El agricultor no daba más señales de su existencia y de su presencia en aquel festín que murmurar con voz vinosa frases inconexas entre cada dos discursos de sus colegas, acabando siempre sus cortas palabras con una alabanza inmoderada del anfitrión á cuyas órdenes dejaba su vida y la de sus abejas.

Un notario casi tan entusiasta como el agricultor había

leído con voz procuradurial un brindis, en que comparaba á Mr. Gerard con Aristides, proclamando de paso la superioridad de los vecinos de Vanves sobre las atenienses, pues éstos se habían cansado de oír llamar á Aristides *el Justo*, y los de Vanves nunca se cansaban de llamar á Mr. Gerard *el Honrado*.

Un ujier retirado había cantado en coplas puramente francesas las circunstancias de Mr. Gerard, anunciando que atacaría á la hidra de la anarquía con no menos resultado que el hijo de Júpiter y de Alcmena había tenido al vencer la hidra de Lerma.

Un médico que se ocupaba en investigaciones toxicológicas sobre el virus hidrofóbico, acababa de recordar una ocasión en que Mr. Gerard con su escopeta de dos cañones había libertado al país de un perro rabioso que estaba haciendo en él los mayores estragos, y el doctor había bebido inmediatamente á la esperanza que conservaba la ciencia de encontrar un antídoto para esa horrible enfermedad que llamamos rabia.

Por último, un jardinero floricultor había desaparecido momentáneamente de la mesa volviendo á los pocos momentos con una corona de laureles y claveles que colocó sobre las sienes de Mr. Gerard, y que hubiera producido el efecto más conmovedor, á no haber advertido cierto jorobadillo mal intencionado, que por no se sabe qué título se hallaba entre los convidados; á no haber hecho notar aquel hombre, repetimos, que los laureles eran laureles de guisado y los claveles claveles de Indias.

En fin, el encanto había llegado á su colmo; el goce brillaba ya en todos los ojos, la lisonja corría por todos los labios, ninguna nube había empañado aquella fiesta de familia; había, en una palabra, un entusiasmo universal, y

todos, á lo que decían, hubieran dado su vida en el momento para rescatar una gota de la sangre de aquel gran ciudadano que se llamaba Gerard.

Aquí había subido tan embriagadora felicidad, cuando el criado de Mr. Gerard entró á anunciar á su amo que un caballero desconocido quería hablarle inmediatamente.

— ¿No ha dicho su nombre? preguntó Mr. Gerard.

— No, respondió el criado.

— Id y decidle, respondió el digno señor, que no recibo más que á las gentes que pueden decir quiénes son y á qué vienen.

Alejóse el criado á dar aquella respuesta.

— ¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo! exclamaron los convidados.

— ¡Qué bien dicho está! añadió el notario.

— ¡Qué elocuencia la suya cuando se siente en la asamblea! dijo por su parte el médico.

— ¡Qué dignidad tendrá cuando sea ministro! exclamó el jorobadillo.

— ¡Señores, señores, por Dios! contestó modestamente el honrado Mr. Gerard.

Volvió á presentarse el criado.

— Y bien, preguntó Mr. Gerard, ¿qué quiere ese desconocido? ¿de parte de quién viene?

— Viene de parte de Mr. Jackal, y quiere decirnos que mañana se verifica la ejecución de Mr. Sarranti.

Mr. Gerard se puso lívido repentinamente; su semblante se desencajó con la rapidez del relámpago; de un salto subió las escaleras y siguió á su criado gritando: que voy, que voy.

Por adelantados que estuvieran los convidados en el camino de la embriaguez, no hubo uno sólo que dejase de

notar la impresión hecha sobre su huésped por la doble noticia que le anunciaban.

Y como sucede la noche al día en los eclipses de sol, así en el eclipse de Mr. Gerard hubo un silencio momentáneo, después de la ruidosa conversación interrumpida por el anuncio del criado.

Pero como muchos de los presentes conocían, superficialmente al menos, el asunto de Mr. Sarranti que había causado gran sensación, la conversación de los convidados se asió para no morir á aquel recurso.

El notario usó de la palabra y explicó cómo el nombre de Mr. Sarranti pronunciado delante de Mr. Gerard no podía menos de conmover las más recónditas fibras de aquella alma delicada.

Mr. Sarranti, ó por mejor decir, el miserable Sarranti, encargado de la educación de los sobrinos de Mr. Gerard, estaba acusado y convicto de un doble asesinato, cometido en las personas de ambos niños y verificado con tales precauciones que ni siquiera se había podido encontrar los cadáveres.

La relación del notario explicó, pues, la momentánea ausencia de Mr. Gerard y el nombre de Mr. Jackal que habían pronunciado al anunciar el criado.

Sin duda Mr. Sarranti en los momentos de ir á subir al cadalso tenía alguna revelación que hacer, y por eso Mr. Jackal enviaba á buscar á Mr. Gerard, á fin de que oyera aquellas revelaciones.

La indignación contra Mr. Sarranti se aumentó con aquella idea. No era bastante para aquel hombre haber asesinado á dos inocentes: no era bastante haber quitado una cantidad considerable; todavía le faltaba escoger para sus revelaciones la hora de la comida; la hora sagrada entre las horas.

Mas como al fin y al cabo no habían concluido con los entremeses, como el vino de Borgoña era excelente, como el vino de Champagne estaba perfectamente helado, la concurrencia decidió esperar á Mr. Gerard charlando y sobre todo sin dejar de beber.

Esta decisión quedó más corroborada con la aparición del criado que bajaba por la gradería con dos botellas en cada brazo y que dijo colocándolas sobre la mesa :

— Mr. Gerard os invita á que probéis este Lafitte y este Chambertin de 1811 sin inquietaros por él ; un negocio indispensable le lleva á Paris : antes de media hora estará aquí.

— ¡ Bravo ! ¡ bravo ! exclamaron á una voz los convidados.

Y cuatro brazos se levantaron simultáneamente para coger los cuatro cuellos de las botellas.

En aquel momento se oyó el ruido de un coche sobre el empedrado.

Todos comprendieron que entonces marchaba Mr. Gerard.

— Á su pronta vuelta, dijo el médico.

Los demás convidados balbucearon un brindis, y quisieron levantarse para dar más solemnidad al brindis ; pero aquel esfuerzo era ya superior á las fuerzas de algunos.

Estaban, pues, procurando levantarse, cuando se presentó un nuevo personaje, que por lo inesperado produjo aún mayor efecto y que dió una vuelta completa á la conversación.

Aquel personaje que invadía repentinamente el jardín, sin que se supiera por dónde entraba, era nuestro antiguo amigo Rolando, ó si mejor place, Brasil.

Efectivamente, aunque Rolando había entrado por la

puerta como un perro bien educado, acababa de saltar la gradería de un solo brinco y en otros dos que dió á continuación había llegado á la mitad del prado.

El primer convidado que le vió dió inmediatamente un grito de terror.

Y debemos decir imparcialmente que la lengua sacada, el ojo inyectado y el erizado pelo del animal justificaban de sobra aquel grito.

— ¿ Qué sucede ? preguntó el médico, que sentado de espaldas á la entrada y ocupado en llevar su vaso á la boca, no podía adivinar lo que pasaba.

— ¡ Un perro rabioso ! dijo el notario.

— ¡ Un perro rabioso ! repitieron con espanto los demás convidados.

— ¡ Ahí ! ¡ ahí ! mirad.

Vióronse todos los rostros al lado indicado por el notario y vieron efectivamente al perro, que á pesar de lo furioso que parecia se volvía hacia la puerta como si esperase á alguno.

Pero sin duda se cansó de esperar porque comenzó luego á describir círculos, tocando con el hocico en el suelo, alrededor de la mesa y de los convidados, círculos muy anchos al principio, pero que poco á poco se iban estrechando.

Calculando los convidados que en un momento dado el perro debía comenzar por alguno de ellos, levantáronse todos sin pretender ocultar su terror, y quisieron buscar un refugio dirigiéndose á un punto cada uno ; este trepaba ya por un árbol ; otro se subía sobre una choza donde el jardinero guardaba los instrumentos de labrar ; aquel pensaba en escalar la tapia ; alguno hasta en correr á la casa, cuando se oyó de repente un silbido agudo y prolongado, al que siguieron estas palabras pronunciadas con fuerza :

29986

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTERREY, MEXICO

— Aquí, Rolando.

El perro se dobló sobre sus ijares como el caballo á quien se corta la boca con el freno, y caminó derecho al lado de su amo.

Es inútil añadir que aquel amo era Salvador.

Volviéronse hacia él todos los ojos, pues para los infelices convidados, atónitos con la presencia de Rolando, Salvador era aquel dios antiguo que desenlazó venturosamente la tragedia.

El joven se presentaba envuelto entre los rayos del sol poniente que parecía cubrirle como una lengua de fuego; estaba elegantísimamente vestido de negro; cubría su cuello una corbata blanca de la batista más delicada; su mano, perfectamente calzada con guante claro, jugaba con una bengala de puño de lapislázuli.

Bajó lentamente las escaleras de la gradería, quitándose el sombrero tan luego como pisó la arena de la calle de árboles, y después atravesando el prado llegó precisamente á la silla que había ocupado Mr. Gerard y que por su ausencia estaba vacía, hallándose así en el mismo centro de los convidados á quienes saludó, unos después de otros con la más obsequiosa finura.

— Soy uno de los conocidos más antiguos de nuestro común amigo el honrado Mr. Gerard; debía dispensarme el honor de presentarme á vosotros y debía también yo acompañarle á comer, cuando por mi desgracia tuve que detenerme en París por el mismo asunto que os priva en este momento de la presencia de nuestro huésped.

— ¡ Oh! sí, dijo el notario que comenzaba á recobrar su sangre fría al ver que el perro parecía encadenado por la mirada de su amo; sí, para el negocio Sarranti.

— Efectivamente, señores, para el asunto Sarranti.

— ¿ Conque mañana es cuando castigan á ese miserable? dijo el ujier.

— Mañana, si desde aquí á entonces no se llega á probar su inocencia.

— ¡ Su inocencia! difícil será, dijo el notario.

— ¡ Quién sabe! dijo Salvador; ya contamos entre los antiguos el ejemplo de los gansos del poeta Íbico, y en los tiempos modernos con el perro de Montargis.

— A propósito de perro, exclamó el agricultor con voz enronquecida, debo confesaros que el vuestro acaba de inspirarnos un miedo regular.

— ¿ Rolando? preguntó Salvador como asombrado.

— ¿ Se llama Rolando? preguntó el notario.

— En efecto, dijo el médico, tuve un instante la esperanza de que estuviera rabioso.

— Sí; pero parece que Rolando no estaba más que furioso, dijo el notario frotándose las manos, encantado de su propia frase.

— ¿ Habéis dicho la esperanza? preguntó Salvador al médico.

— Sí, caballero, y no me desdigo; somos once: tenía, pues, diez probabilidades contra una de que el animal atacaría á cualquiera de mis compañeros y no á mí; y como me he consagrado especialmente á la rabia, hubiera tenido ocasión de aplicar sobre una herida fresca el antidoto que he compuesto y que llevo siempre conmigo, esperando que llegará una ocasión de ensayarlo.

— Veo, caballero, que sois todo un filántropo; por desgracia mi perro, al menos por ahora, no es un *sujeto* como se dice, según creo, en términos médicos, y la prueba de ello es que obedece instantáneamente, miradlo vos mismo.

Y señalándole un sitio bajo la mesa, le gritó:

— ¡Échate ! ¡ Rolando ! ¡ échate !

Después, dirigiéndose á los convidados, añadió :

— No os asombréis de que haga echar á mi perro bajo la mesa en que venia á comer con vosotros : pensaba comer, y más vale tarde que nunca ; encontré á Mr. Gerard en el camino ; quise mancharme con él ; pero tanto insistió en que viniera á esperarle en vuestra compañía, que no pude menos de aceptar, impulsado como estaba además por mi deseo y encargado también por Mr. Gerard de hacerlos los honores en su ausencia.

— ¡ Bravo ! ¡ bravo ! exclamó toda la sociedad, en la cual habían producido muy buen efecto las maneras de Salvador.

— Ocupad el puesto de nuestro huésped y permitidme llenar vuestro vaso para beber á su salud, dijo el notario.

Salvador presentó su vaso.

— Es muy justo, dijo, que Dios le pague como merece. Y llevando el vaso á la boca mojó en él la punta de sus labios.

En aquel momento dejó oír Brasil un largo gemido.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¿ qué tiene vuestro perro ? preguntó el notario.

— Nada, es su manera de aplaudir cuando se pronuncia un brindis, dijo Salvador.

— Bien, dijo el médico ; hé ahí un animal que ha recibido muy buena educación, sólo que su brindis no es alegre.

— Ya sabéis, caballero, que sin que la ciencia haya podido explicarlo, existen ciertos animales que tienen ciertos presentimientos ; quizás algún peligro amenaza en estos momentos á Mr. Gerard.

— Sí, replicó el médico ; eso se dice de ciertos animales ; pero nosotros, hombres despreocupados, no creemos en esos cuentos.

— Sin embargo, dijo el jardinero floricultor, mi abuela...

— Vuestra abuela era una necia, amigo mio, dijo el médico.

— ¿ Hablabais, dijo el notario, de un peligro que podía amenazar á Mr. Gerard ?

— ¿ Un peligro ? añadió un ingeniero agrónomo ; ¿ y qué peligro puede amenazar al hombre más honrado de la tierra, á un hombre que ha seguido siempre la linea recta ?

— ¡ Á un hombre que es el mismo patriotismo ! dijo el ujier.

— La abnegación encarnada, exclamó el médico.

— El sacrificio personificado, añadió el notario.

— Pero ya sabéis, señores, que esos precisamente son los perseguidos por la desgracia ; la desgracia es aquel león de la Escritura, *quærens quem devoret*, y adhiriéndose más principalmente á los virtuosos ; recordad á Job.

— ¿ Pero qué diablos está haciendo vuestro perro ? dijo el jardinero mirando bajo la mesa ; ved cómo devora la hierba.

— No hagáis caso, dijo Salvador, hablábamos de Mr. Gerard, y decíamos...

— Decíamos, replicó el notario, que un país debe estar orgulloso cuando ha visto nacer á hombres semejantes.

— Ese ciudadano disminuirá las contribuciones.

— Hará subir el precio del trigo, dijo el agricultor.

— Hará bajar el precio del pan, dijo el jardinero.

— Liquidará la deuda nacional, dijo el ujier.

— Reformará la arbitraria constitución de la escuela de medicina, dijo el médico.

— Someterá la Francia á nuevo catastro, dijo el perito agrónomo.

— ¡ Oh ! exclamó el notario interrumpiendo aquel coro de alabanzas ; vuestro perro me está llenando el pantalón de tierra.

— ¡ Es posible ! dijo Salvador ; pero no nos ocupemos de él.

— Al contrario, ocupémonos de él, señores, dijo el médico que había mirado bajo la mesa ; porque este perro presenta fenómenos muy curiosos ; tiene una cuarta de lengua fuera de la boca, los ojos ensangrentados, erizado el pelo.

— Acaso, dijo Salvador, pero nada hay que temer mientras no se le perturbe en su tarea ; es un perro monomaniaco, añadió sonriéndose.

— Debo advertiros, dijo el médico pretenciosamente, que la palabra monomaniaco se deriva de *monos* y *mania* que quieren decir *sola idea*, y que por lo mismo no puede aplicarse más que al hombre, puesto que sólo el hombre tiene ideas, y el perro sólo un instinto muy perfeccionado, es verdad, pero nunca comparable á la sublime organización del hombre.

— Pues bien, replicó Salvador ; explicad eso como queráis ; instinto ó idea ; Brasil no tiene más que una preocupación.

— ¿ Cuál ?

— Tuvo dos amos, niños, á quienes quería mucho ; un muchacho y una niña : el chico fué asesinado ; la niña desapareció ; pero el perro ha buscado tan bien que ya ha encontrado á la niña.

— ¿ Viva ?

— Sí, viva, perfectamente viva ; pero por lo que hace al niño, como á más de asesinado fué enterrado, el pobre Brasil sigue buscando siempre en la esperanza de hallar el sitio.

— *Quere et invenies*, dijo el notario, á quien no disgustó aquella ocasión de colocar dos palabras latinas.

— Dispensadme, dijo el médico ; pero me parece toda una novela lo que nos estáis contando.

— Una historia, si lo tenéis á bien, y de las más terribles, replicó Salvador.

— Cabalmente, exclamó el notario, estamos en los postres, y ahora es el momento de contar historias. Si tenéis á bien referirnos la que indicáis, la recibiremos con satisfacción.

— Con mucho gusto, dijo Salvador.

— Va á ser muy interesante, añadió el médico.

— Así lo creo, respondió sencillamente Salvador.

— ¡ Chist, chist ! exclamaron todos los circunstantes.

Hubo un momento de silencio, durante el cual exhaló Brasil un ladrido tan lastimero, que estremeció la sangre en las venas de todos los convidados, tan lastimero, que el jardinero que se había confesado espíritu débil no pudo dejar de gritar :

— Diablo de perro, ¡ vete !

— Vamos, sentaos, dijo el geómetra tirándole por las haldillas de su frac y obligándole á que se sentara.

El jardinero se dejó caer gruñendo, pero se dejó caer.

— ¡ Venga la historia ! ¡ venga la historia ! gritaron por todas partes os convidados.

— Señores, dijo Salvador, llamaré á mi drama, porque más bien es un drama que una historia, llamaré á mi drama *Giraud el honrado*.

— ¡ Calle ! exclamó el ujier : es casi como Mr. Gerard el honrado.

— Sí ; no hay efectivamente más diferencia que la de



dos letras ; pero debo añadir al primer título este otro : *ó las apariencias engañan.*

— Ya tenemos por de pronto un título muy bueno, y yo en vuestro lugar se lo llevaría á Mr. Guilbert de Pixerecourt.

— Yo no puedo hacerlo así, caballero ; lo tengo destinado al procurador del rey.

— Señores, señores, dijo el médico, debo haceros notar que impedís al narrador comenzar su relación.

— ¡ Oh ! exclamó Salvador, ya llegaremos, no os impacientéis.

— ¡ Silencio ! ¡ silencio ! gritó el geómetra.

Oyóse durante un minuto á Brasil que arañaba la tierra con rabia creciente y respiraba del modo más ruidoso.

Salvador comenzó

Ya conocen nuestros lectores el drama que refirió bajo nombres supuestos. Á fuerza de investigaciones y pesquisas y ayudado por su maravillosa perspicacia, á la cual servía de guía el instinto de Brasil, había llegado á confeccionar todo el acontecimiento como un hábil arquitecto.

No seguiremos, pues, á Salvador en aquella narración que nada nuevo enseñaría al lector.

Cuando después de haber referido el crimen de Gerard, que él denominó Giraud, llegó Salvador á decir qué hipocresía había empleado el asesino y el ladrón para rodearse no sólo de la estimación y del respeto público, sino también de la abnegación y del amor de sus conciudadanos, el auditorio exhaló un prolongado grito de indignación, al cual contestó Brasil con un gruñido sordo como si hubiera querido tomar parte en aquel concierto de maldiciones.

Y luego cuando terminada la pintura de la hipocresía

del miserable, llegó á la bárbara cobardía con la cual dejaba condenar á un inocente, pudiendo impedirlo con sólo emigrar ó cambiar de nombre ó marcharse á otro mundo á llorar sobre su primer crimen en lugar de cometer otro más terrible quizás que el primero, entonces llegó á su colmo la emoción del auditorio, cambióse su cólera en desesperación, y cada uno de los convidados mostró una nueva maldición para el matador.

— ¿ Pero no decís que es mañana cuando tiene que pagar el inocente por el culpable ?

— Sí, mañana, dijo Salvador.

— ¿ Y cómo encontrar de aquí á mañana una prueba que abra los ojos de la justicia ?

— La bondad de Dios es inmensa, dijo Salvador mirando bajo el mantel el trabajo á que cada vez con más encarnizamiento se estaba entregando Brasil, que conociendo que su amo se ocupaba de él, suspendió un momento su faena y vino á depositar, como si quisiera dar un beso, su húmedo hocico sobre la mano de Salvador, volviendo después á sacar tierra.

— La bondad de Dios, la bondad de Dios... dijo el doctor que en su cualidad de médico era profundamente escéptico ; pero una buena prueba sería todavía más segura.

— Es verdad, dijo Salvador, por lo mismo espero yo encontrar esa prueba que ya otra vez se me escapó de entre las manos.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamaron los convidados, ¿ conque ya tuvisteis una prueba ?

— Sí, respondió Salvador.

— ¿ Prueba que perdisteis ?

— Por desgracia.

— ¿ Y qué prueba era esa ?

— Había podido encontrar con ayuda de Brasil el esqueleto del niño.

— ¡ Oh ! exclamaron los circunstantes aterrorizados.

— ¿ Y por qué no reclamasteis un reconocimiento de justicia con asistencia de un médico ? preguntó el doctor.

— Es precisamente lo que hice yo, exceptuando sólo lo relativo al médico ; pero durante el intervalo en que avisé, desapareció el esqueleto y la justicia se rió de mí.

— Quizás el asesino habrá sabido el asunto y lo habrá transportado á otra parte.

— ¿ De modo que os ocupáis aún en averiguar dónde se halla ese cadáver ? dijo el ujier.

— Si tal, respondió Salvador ; porque como comprenderéis muy bien, si el cadáver se encuentra en un sitio donde no haya podido enterrarlo Mr. Sarranti...

— ¡ Mr. Sarranti ! exclamaron unánimes los convidados ; ¿ luego es Mr. Sarranti el inocente ?

— ¡ Ah ! ¿ conque se me ha escapado el nombre ?

— Habéis dicho Sarranti.

— Pues ya que lo dije no me desdigo.

— ¿ Y qué interés tenéis en averiguar la inocencia de ese hombre ?

— Es el padre de uno de mis amigos, y por otra parte creo que aunque me fuera totalmente desconocido, es un deber para todo hombre salvar á otro del patibulo cuando tiene perfecta convicción de su inocencia.

— Pero en conclusión, dijo el notario, ¿ no es posible que esperéis hallar aquí esa prueba que buscáis ?

— Quizás sí.

— ¿ En casa de Mr. Gerard ?

— ¿ Y por qué no ?

El perro, como si respondiera á las palabras de su amo, hizo oír un gruñido lúgubre y prolongado.

— ¿ Oís ? dijo Salvador ; hé ahí Brasil que me dice que él no desespera.

— ¿ Cómo que no desespera ?

— Claro está, puesto que ya os he dicho que tenía una monomanía, la de volver á encontrar el cadáver del niño, su amo.

— Es verdad, dijeron los convidados con voz unánime.

— Pues bien, respondió Salvador, mientras que yo os refiero los cuatro primeros actos del drama, Brasil trabaja en preparar el quinto.

— ¿ Qué queréis decir ? preguntaron simultáneamente el ujier y el notario mientras que los demás oyentes interrogaban con la vista.

— Mirad bajo la mesa, dijo Salvador levantando el mantel.

Todos metieron la cabeza debajo de la mesa.

— ¿ Qué diablos hace ahí ? preguntó sin turbarse el médico, que comenzaba á creer que no por no estar rabioso dejaba el perro de ser un *sujeto* curiosísimo.

— Hace, como veis, un agujero, respondió Salvador.

— Un agujero enorme, replicó el notario.

— Un agujero de un metro de profundidad, y de dos metros y cincuenta centímetros de circunferencia, dijo el agrimensor.

— ¿ Y qué busca ? preguntó el ujier.

— Un objeto justificador, dijo Salvador.

— ¿Cuál ? preguntó el notario.

— El esqueleto del niño, respondió Salvador.

Aquella palabra esqueleto, pronunciada después de tan terrible historia y en la hora en que comenzaban á caer

las sombras, erizó los cabellos de los asistentes que por un movimiento instintivo se separaron todos del agujero ; sólo el médico se volvió á acercar.

— Esta mesa nos estorba, dijo.

Los dos hombres separaron la mesa y dejaron al perro descubierto.

Brasil no pareció notar siquiera aquel cambio : tan encarnizado estaba en su fúnebre tarea.

— Vamos, señores, dijo Salvador, un poco de valor ; ¡ qué diablos ! ¡ al fin somos hombres !

— En efecto, dijo el notario, estoy ya curioso por saber el desenlace.

— Estamos llegando á él, añadió Salvador.

— Vamos, vamos, dijeron los demás acercándose.

Hicieron un círculo alrededor del perro.

Brasil continuó escarbando con tal energía y tal regularidad, que más bien parecía una máquina que un animal.

— Ánimo, mi buen Brasil, dijo Salvador ; debes estar concluyendo con tus fuerzas, pero también estás concluyendo con tus trabajos. ¡ Ánimo !

El perro parecía dar las gracias á Salvador con la mirada.

La excavación duró todavía algunos minutos, durante los cuales los convidados, con la boca abierta y la respiración contenida, miraban en silencio y con ojos dilatados por la curiosidad, la extraña escena que se desarrollaba bajo sus miradas entre perro y amo, amo á quien empezaban á juzgar menos amigo de Mr. Gerard de lo que él había tenido por conveniente manifestarse.

Al cabo de cinco minutos, Brasil exhaló un suspiro prolongado, y dejó de cavar apoyando su hocico sobre un punto del fondo del agujero y dando un fatigoso resoplido.

— ¡ Lo toca ! ¡ lo toca ! dijo con alegría Salvador. Has hallado por fin, ¿ verdad, fiel perro ?

— ¿ Qué ha podido hallar ? preguntaron los asistentes.

— El esqueleto, dijo Salvador ; ven acá, Brasil ; lo demás toca á los hombres : aquí, Brasil. •

El perro salió del agujero y se agachó al borde de su excavación mirando á su amo como para decirle : á tu vez, trabaja.

Salvador bajó, en efecto, á la excavación ; sumergió la mano en el punto más profundo y llamando al médico :

— Venid, le dijo ; tocad aquí.

El médico bajó con valor hasta ponerse al lado de Salvador, mientras que los otros circunstantes, ya perfectamente libres del efecto del vino, se miraban estupefactos, y alargando la mano como había hecho Salvador, sintió á la extremidad de los dedos aquella materia fina y sedosa que estremeciera á Salvador, cuando por primera vez descubrió Brasil el esqueleto del niño en el parque de Viry.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo asombrado ; son cabellos.

— ¡ Cabellos ! repitieron todos los convidados.

— Sí, señores, cabellos, dijo Salvador ; y si queréis ir á buscar velas, podréis convenceros de lo que digo.

Muchos de ellos se precipitaron hacia la casa y volvieron, unos con candelabros, otros con candeleros y palmariorias.

Solo el médico, Salvador y Brasil permanecieron en la excavación.

Nos engañamos ; quedaron solos el médico y Brasil ; Salvador se dirigió á la barraquilla en que encerraba el jardinero sus instrumentos y volvió con un azadón.

Los convidados se habían alineado ya alrededor de la

excavación, que alumbrada por más de cuarenta bujías, estaba tan clara como pudiera estarlo á la mitad del día.

Se notaba á flor de tierra un mechón de cabellos rubios.

— ¡ Vamos á la obra ! dijo el médico ; es preciso continuar esta excavación.

— Eso es lo que espero hacer, dijo Salvador. Escoged una servilleta y extendedla ahí á orillas del agujero.

Obedecieronle.

Salvador bajó y con la misma precaución, ó para expresarnos más claramente, con el mismo respeto que si se hubiera tratado de un cadáver, introdujo su azadón en la tierra y haciendo de él una palanca sacó dulcemente la cabeza del niño colocada sobre su almohada de arena.

Un prolongado estremecimiento corrió por las venas de los espectadores, cuando Salvador cogió delicadamente y con sus manos, aun cubiertas por los guantes blancos que no se había quitado, aquella cabecita descarnada y la puso sobre la servilleta.

Después cogió la azada otra vez y recomenzó su obra.

Recogió poco á poco y trozo por trozo todos los restos del niño con tan buen suceso, que al cabo de algunos instantes pudo recomponer sobre la servilleta el esqueleto del niño, poniendo cada hueso en su sitio y empleando por supuesto los términos técnicos con gran asombro de los asistentes y particular satisfacción del médico que dijo á Salvador :

— ¿ Es acaso á un colega á quien tengo el honor de hablar ?

— No, dijo Salvador, no tengo tal honor ; soy un simple aficionado á la anatomía.

Y luego volviéndose hacia los observadores de aquella escena :

— Señores, les dijo, sois todos testigos de que acabo de hallar en este agujero el cadáver de un niño, ¿ verdad ?

— Soy testigo de ello, dijo el médico que parecía querer monopolizar el testimonio reclamado por Salvador á todo el mundo, y el esqueleto de un niño que debía haber tenido de ocho á nueve años.

— Todos son testigos, repitió Salvador interrogando con los ojos á todos los asistentes.

— Si, todos, todos, repitieron en coro los convidados á quienes halagaba ya la parte que estaban llamados á tener en el acontecimiento, cualquiera que fuera éste.

— ¿ Y por consiguiente, cada cual atestiguará lo que ha visto por ante la justicia, si hay lugar á ello ? continuó Salvador.

— Sí, sí, repitió toda la asamblea.

— Sólo que habría que abrir un proceso verbal, dijo el ujier.

— Es inútil, replicó Salvador : ya está abierto.

— ¿ Cómo ?

— Estaba yo tan seguro de lo que había de encontrar, dijo Salvador sacando de su bolsillo un papel sellado, que lo traigo aquí.

Y leyó, en efecto, un proceso verbal redactado en los términos en que se escriben ordinariamente tales actos, y en el cual se hallaba todo comprendido hasta la indicación terminante del lugar en que se había hallado el esqueleto, prueba inequívoca de que Salvador no visitaba entonces por primera vez el jardín de Vanves.

No faltaba más que una cosa : los nombres y apellidos de los que asistieran á aquella exhumación.

Todos los espectadores de aquella escena que desde hacía media hora caminaban de sorpresa en sorpresa,

escucharon la lectura del proceso verbal mirando con ojos estupefactos al extraño personaje que les hacía presenciar aquel drama fantástico.

— Un tintero, dijo Salvador á un criado que miraba también con la estupefacción general.

El criado se apresuró á obedecer como si reconociera en Salvador todos los derechos de mando, y volvió á los pocos instantes con un tintero y una pluma.

Todos firmaron.

Cogió Salvador el papel y lo volvió á poner en su bolsillo; luego acarició nuevamente á Brasil, anudó las cuatro puntas de la inmensa servilleta que contenía el esqueleto del niño, y saludando á toda la sociedad presente:

— Señores, les dijo, vuelvo á recordaros que mañana á las cuatro de la tarde han de ejecutar á un inocente; no tengo, pues, tiempo que perder; por lo mismo y después de daros mil gracias por vuestra finura, os pido permiso para marcharme.

— Un minuto más, dijo el notario; habéis dicho, según creo, que el nombre de ese inocente era Sarranti.

— Sí que lo he dicho, y ahora lo repito con más fe que nunca.

— ¿Y no anduvo mezclado en ese negocio hace dos ó tres meses el nombre de nuestro huésped? volvió á decir el notario.

— Efectivamente, figuró en todo el asunto.

— De modo, interrumpió entonces el médico, que se podría suponer que vuestro Mr. Giraud es pura y simplemente...

— ¿Mr. Gerard?

— Sí, dijeron los asistentes con un movimiento de cabeza.

— Suponed todo lo que queráis, señores, dijo Salva-

dor; por lo demás mañana ya no necesitaremos suposición y contaremos ya con la certeza. Tengó, pues, la honra de saludaros. — Vamos, Brasil.

Y se alejó rápidamente seguido por su perro, dejando á todos los convidados de Mr. Gerard en un estado difícil de pintar.

## CAPÍTULO XI.

### ODA Á LA AMISTAD.

Veamos ahora lo que hacía Mr. Gerard mientras tuvo lugar en su casa el grave suceso que acabamos de referir.

Ya le vimos salir de su morada y no le hemos perdido de vista más que en el momento en que subió las gradas de la escalinata.

Halló en el vestíbulo á un hombre de buena estatura que permanecía prudentemente cubierto con una larga levita, y cubierto con un sombrero de alas inclinadas sobre los ojos.

Aquel hombre había tenido la discreción de no presentarse.

Mr. Gerard caminó derecho hacia él.

Al dar el segundo paso sabía ya con quién se las había.

— ¡ Ah! ¡ ah! sois vos, Gibassier, le dijo.

— Yo en persona, honrado Mr. Gerard, dijo el presidiario.

— Y venís de parte de...

— Sí, añadió Gibassier.

— De parte de... volvió á decir Mr. Gerard que quería no caminar á ciegas.

— Pues... de parte del patrón, dijo Gibassier que andaba con pies de plomo para todas estas pequeñeces.

Aquella palabra patrón que parecía querer indicar un amo común, pronunciada por semejante acólito, hizo sonreír al diputado futuro.

Guardó éste silencio algunos instantes, y después de morderse los labios, añadió:

— ¿Conque os envía á buscarme?

— Me manda á buscaros, pues, contestó Gibassier.

— ¿Y sabéis para qué?

— Lo ignoro completamente.

— Sería quizás, á propósito de..... Y vaciló deteniéndose.

— ¡ Oh! hablad con franqueza, dijo Gibassier; sabéis que aparte de la honradez, soy un segundo tomo de vuestra persona.

— ¿Sería, pues, á propósito de Mr. Sarranti?

— Me hacéis pensar en ello, dijo Gibassier; es muy posible que sea para eso.

Mr. Gerard bajó la voz y su acento adquirió una ligera emoción.

— ¿Acaso se ha suspendido ya la ejecución y no se verifica mañana? preguntó.

— No lo creo así; sé por persona bien enterada que se ha comunicado al ejecutor de París la orden de que esté dispuesto mañana á las tres y que ya han llevado el condenado á la Conserjería.

Mr. Gerard dejó escapar un suspiro que indudablemente desahogó su pecho algo oprimido.

— ¿Y no sería posible, preguntó, aplazar para mañana por la mañana lo que tenemos que hacer esta tarde?

— ¡ Oh! ¡ imposible! exclamó Gibassier.

— ¿Es, pues, un asunto grave?

— Altamente grave.

Mr. Gerard miró entonces á lo blanco de los ojos de Gibassier.

— ¿Y pretendéis no saber nada?

— Os lo juro por San Gibassier.

— Entonces no me tomo más tiempo que el necesario para coger mi sombrero.

— Goged vuestro sombrero en buen hora, Mr. Gerard; las tardes están frías y puede uno constiparse.

Mr. Gerard descolgó su sombrero.

— Estoy pronto, dijo después.

— Marchemos, contestó Gibassier.

Á la puerta de la calle les esperaba un coche de alquiler.

Y al ver aquel carruaje, que como todos los alquileres de plaza tenía cierto sello fúnebre, Mr. Gerard no pudo contener un ligero estremecimiento.

— Subid, le dijo á Gibassier, precededme.

— No haré tal, os lo juro, contestó Gibassier.

Y abriendo la portezuela, el presidiario hizo subir con la mayor cortesía á Mr. Gerard, y se colocó á su lado en el coche después de decir algunas palabras al cochero.

Los caballos comenzaron un trote corto y el coche de alquiler rodó por el camino de París, pues Gibassier había creído conveniente cambiar el itinerario trazado por Salvador, pensando que el sitio adonde condujera á Mr. Gerard era indiferente, con tal de que le condujera á alguna parte.

— Bueno, dijo Mr. Gerard ya más tranquilizado por el paso de los caballos; podrá ser un asunto grave, pero á lo menos no es un asunto apremiante.

Y concluida aquella juiciosa reflexión, reinó el más

profundo silencio dentro del coche, silencio que duró todo el tiempo empleado en el primer kilómetro.

Gibassier lo interrumpió.

— ¿En qué pensáis tan tenazmente, querido Mr. Gerard? le preguntó.

— Os confieso, Mr. Gibassier, respondió el filántropo, que iba pensando en el incógnito fin de esta inesperada visita.

— ¿Y os inquieta eso?

— Me preocupa por lo menos.

— Ahí tenéis lo que son las cosas. Pues yo en lugar vuestro os aseguro que no estaría nada preocupado.

— ¿Por qué?

— Pues es bien sencillo. (Advertid solamente que he dicho en vuestra posición, no en la mía.)

— Sí, lo reconozco así; pero ¿por qué habéis dicho que en mi lugar?

— Porque si mi conciencia estuviera tan pura como la vuestra, me sentiría muy digno de los favores de la fortuna y no dispensaría al destino la honra de temer sus golpes.

— Indudablemente, indudablemente, murmuró Mr. Gerard meneando melancólicamente la cabeza, pero la fortuna da sustos tan raros, que sin tener nada que temer debe uno sin embargo esperar cualquiera cosa.

— En verdad, si hubierais vivido en tiempo de Tales, querido Mr. Gerard, la Grecia, en lugar de tener siete sabios, hubiera tenido ocho, y vos hubiérais sido el que hubierais hecho aquel hermoso verso:

Á todo evento el sabio se encuentra preparado.

Notad que digo preparado y no resignado, atendiendo á

que si es verdad que estáis preparado, no lo es que estéis resignado. Sí, tenéis razón, continuó Gibassier imprimiendo á su voz el acento más solemne y sentencioso; la fortuna tiene los caprichos más extravagantes; por eso los antiguos, que no eran tontos, la representaban algunas veces sentada sobre una serpiente, lo cual significa que se halla por encima de toda prudencia; sin embargo, yo en vuestro lugar, os lo repito, aunque dejara trabajar á mi espíritu, pues claro está que un espíritu tan activo como el vuestro no puede adormecerse del todo; yo en vuestro lugar, vuelvo á decir, no me preocuparía demasiado. ¿Qué puede sucederos? Tuvisteis la fortuna de quedaros huérfano en la más corta edad, lo cual hace que ya no teméis perder á vuestros padres ni encontraros comprometido por causa de ellos; no estáis casado, lo cual hace que ni podéis temer que se muera vuestra mujer ni que os engañe; sois millonario y tenéis empleada una gran parte de vuestra fortuna en bienes raíces, lo cual os impide temer que un notario os arruine ó que un comerciante os robe al dar quiebra; poseéis esa virtud del cuerpo que se llama salud y esa salud del alma que se llama virtud; contáis con la consideración de vuestros conciudadanos que van á elegiros diputado; vuestro diploma de caballero de la Legión de honor, por bienhechor de la humanidad; está ya á la firma de S. M.; ya sé que esto es un secreto, pero puedo deciroslo en confianza; en fin, Mr. Jackal os profesa tan íntimo afecto, que os recibe dos veces por semana en su gabinete y á solas; en una palabra, recibís y vaís á recibir la justa recompensa de cincuenta años de filantropía y de probidad, ¿qué os falta? veamos, ¿qué podéis temer?

— ¿Quién sabe? dijo suspirando Mr. Gerard; lo desconocido, querido Gibassier.

— Os empeñáis en ello ; sea : no hablemos más de esto, ocupémonos de otra cosa.

Mr. Gerard hizo un gesto que quería decir :

— Hablemos de lo que gustéis con tal de que vos sedis el que hable y yo el que calle.

Es evidente que Gibassier tomó aquel gusto por un consentimiento, puesto que continuó :

— Si, hablemos de algo más alegre, que no será difícil, ¿ verdad ?

— No.

— Parece que hoy recibiais en vuestra mesa á algunos amigos, querido Mr. Gerard, y reparad que digo, querido Mr. Gerard, porque de vez en cuando os ocurre á vos decirme querido Mr. Gibassier, y aun hace algunos momentos me dispensasteis esa honra.

Mr. Gerard se inclinó.

Gibassier limpió sus labios.

— Les habéis debido dar una comida magnífica, ¿ hé ?

— Á deciros verdad y sin que esto sea alabarme, creo que sí.

— Yo estaba ya seguro de ello á juzgar por los vaporcillos que subían de la cocina al saloncillo donde os esperé algunos instantes.

— He reunido lo mejor que he encontrado, respondió modestamente Mr. Gerard.

— Y habéis comido en el parque sobre la hierba, contestó Gibassier.

— Sí.

— Debería ofrecer la comida un magnífico golpe de vista. ¿ Se cantó durante la comida ?

— Iban á servir los postres cuando llegasteis vos.

— De modo que llegué á esa reunión de familia como el

Banquo del *Macbeth* ó como el comendador del *D. Juan*.

— Es verdad, dijo Mr. Gerard esforzándose por sonreír.

— Pero, vamos, continuó diciendo Gibassier, confesad que algo ha sido por culpa vuestra.

— ¿ Cómo así ?

— Claro está. Suponed que me hubierais dispensado la honra de convidarme como á vuestros otros amigos ; en tal caso, querido Mr. Gerard, hay mil probabilidades contra una de que hallándome yo instalado en vuestra casa desde el principio de la comida, no hubiera venido á molestaros al final.

— Creed, querido Mr. Gibassier, se apresuró á decir Mr. Gerard, que me pesa muchísimo este olvido ; pero os aseguro que fué involuntario y que sólo de vos dependerá el permitirme que lo repare.

— Á fe que no, dijo Gibassier afectando profunda tristeza ; á fe que no ; lo he sentido mucho y me he enfadado con vos.

— ¿ Conmigo ?

— Sí, me habéis herido en el corazón ; y ya lo sabéis, las heridas del corazón son mortales, dijo Gibassier llevando patéticamente la mano al pecho. ¡ Ay Dios ! continuó después pasando de la tristeza á las lamentaciones, como antes había pasado de la melancolía á la tristeza, una creencia menos, puesto que otra ilusión desaparece ; un desengaño más que apuntar en el libro ya harto sombrío de mi vida. ¡ Oh amistad ! ligera é inconstante amistad que lord Byron llamó tan engañosamente *el amor sin alas*, ¡ qué de males me has causado y cuántos me causarás aún ! Después de aquella pretenciosa cita, cuyo completo pedantismo no pudo apreciar Mr. Gerard, el ex-presidiario sacó del bolsillo un pañuelo pajizo y fingió limpiarse los ojos.



El filántropo de Vanves, que ni comprendía ni podía comprender el objeto de la charla de su compañero, le creyó verdaderamente conmovido y comenzó á prodigarle consuelos mezclados de disculpas; pero Gibassier continuó:

— Necesario es que el mundo moderno se haya vuelto muy malo, cuando el mundo antiguo cita sin contar á Aquiles y á Patrocles, cuatro ejemplos de esa amistad que convertía á los hombres en semidioses, como son: Hércules y Pyritóus, Orestes y Pilades, Niso y Eriale, Pitias y Damón; ¡ah! indudablemente estamos en la edad de hierro...

— Señores, la puerta d'Enfer, dijo el cochero que después de haber detenido su coche se había acercado á la portezuela.

— ¡Ah! estamos ya en la puerta d'Enfer! dijo Gibassier bajando toda la escala de la elegía para volver á quedarse en su voz natural. Pues no me ha cundido nada el camino. ¿Cuánto tiempo hace, pues, que echamos á andar? añadió sacando su reloj. Cinco cuartos de hora. Pues, señor Gerard, ya hemos llegado.

— Pero no creo que estemos aún en la calle de Jerusalén.

— ¿Pues quién os ha dicho que íbamos á la calle de Jerusalén? Lo que es yo no he sido.

— ¿Pues adónde vamos? preguntó admirado el filántropo.

— Yo voy á mis asuntos; y os animo á que si tenéis vos alguno os dirijáis adonde los negocios os reclamen.

— ¡Pero si yo no tengo ningún asunto que me traiga á París! dijo Mr. Gerard estupefacto.

— Pues tanto peor, porque si hubierais tenido hoy al-

gún asunto en la capital y en este barrio, os hallaríais ya sobre el terreno.

— Oiga, Mr. Gibassier, dijo Mr. Gerard irguiéndose del todo, ¿os estaríais acaso burlando de mí?

— Creo que todas las fachas son de eso, dijo el ex-presidario soltando una carcajada.

— Entonces, ¿Mr. Jackal no me espera? exclamó furioso Mr. Gerard.

— No sólo no os espera, sino que de seguro le sorprenderéis agradablemente si ahora os presentáis en su casa.

— Es decir que me habéis engañado, señor tunante, volvió á decir Mr. Gerard que recuperaba su insolencia á medida que desaparecía el peligro.

— Completamente engañado, honrado Mr. Gerard. Ahora estamos en paz.

— Pero no habiéndoos hecho nunca el menor daño, ¿por qué, Gibassier, me jugáis á mí tan mala pasada?

— ¡Que nunca me habéis hecho el menor daño! ¡Dice que nunca me ha hecho el menor daño! ¿Pues de qué vinimos hablando desde que salimos de Vanves sino de vuestra negra ingratitud? ¿Cómo, amigo olvidadizo! Das una comida en tu casa de campo de Vanves, convidas á una reunión electoral y culinaria tus relaciones más superficiales, y no previenes á tu más tierno amigo, á tu Pilades, á tu Damón, al otro tú mismo, en una palabra; le olvidas como á un saco de noche; le pisas, desprecias su abnegación. ¡Perdónenme los dioses! En cuanto á mí me ha parecido agradable la venganza de esa injuria llevada á cabo, lo mismo que lo fué la injuria; me has privado de tu comida; voy á privar la comida de ti. ¿Qué dices de eso?

Y cerrando luego la portezuela:

— Tomé el coche á las cuatro, le dijo; no quiero que

os robe y por eso os digo la hora ; en cuanto al precio son cinco francos cada sesenta minutos por todo el tiempo que queráis conservarle.

— ¡ Cómo ! gritó Mr. Gerard que no podía desprenderse totalmente de sus antiguas ideas económicas, ¿ no pagáis ?

— Bueno, dijo Gibassier, si pagase, ¿ cuál sería la mala pasada ?

Y haciéndole un saludo grotescamente respetuoso, le dijo :

— Hasta la vista, honrado Mr. Gerard : y desapareció.

Mr. Gerard quedó estupefacto.

— ¿ Adónde os llevo, buen señor ? dijo el cochero : ya sabéis que me ocuparon á las cuatro y que está ajustado á cinco francos por hora, comprendiendo la vuelta aunque sea de vacío.

Mr. Gerard quiso enfadarse contra el cochero ; pero nada consistía en aquel pobre hombre ; le habían llamado en una calle, le habían ajustado y había obrado de buena fe.

Gibassier era, pues, el único con el cual podía incomodarse Mr. Gerard.

— Á Vanves, dijo ; pero cinco francos por hora no es nada barato, buen amigo.

— Si queréis pagarme aquí, respondió el cochero, no me pesará nada, sobre todo con la noche que se prepara.

Mr. Gerard sacó las narices por la ventanilla y miró al cielo.

En efecto, se estaba formando una tempestad del lado de Vaugirard, y ya se dejaban oír algunos sordos murmullos en el lejano horizonte.

— No, dijo Mr. Gerard ; conservo el caruaje ; á Vanves, amigo mío, y lo más pronto posible.

— ¡ Oh ! se irá como se pueda, caballero, respondió el

auriga ; los pobres animales no tienen más que cuatro pies ; y no pueden hacer más que lo que es posible con cuatro pies.

Y volviéndose á cotocar en su asiento, hizo girar á su tronco y emprendió gruñendo por el camino de Vanves.

## CAPÍTULO XII.

LO QUE MR. GERARD ENCONTRÓ, Ó MEJOR DICHO, LO QUE DEJÓ DE ENCONTRAR CUANDO LLEGÓ Á VANVES.

Una vez sólo y condenado al paso melancólico de los dos rocines, Mr. Gerard se lanzó á un mar de conjeturas.

Su primer pensamiento había sido el de llegar hasta la casa de Mr. Jackal y pedirle satisfacción de la burla que le acababan de hacer.

Pero Mr. Jackal usaba al hablar con Mr. Gerard un tono ambiguo y maligno que desazonaba tanto á éste, que los instantes que pasaba con el jefe de la policía de seguridad eran ordinariamente los más desgraciados de su vida.

Por otra parte, ¿ qué facha hubiera sido la suya al dar semejante queja ? La de un estudiante que acusa ante el maestro á su compañero.

Porque por mucho que rechazara Mr. Gerard el título de compañero aplicado á Gibassier, no podía menos de confesar que aquel título, semejante á la roca de Sísifo, cuanto más alejado se hallaba por sus esfuerzos tanto más caía sobre él.

No tardó, pues, en tomar la resolución de volver á Vanves. Cabalmente había visto á Mr. Jackal la víspera y siem-